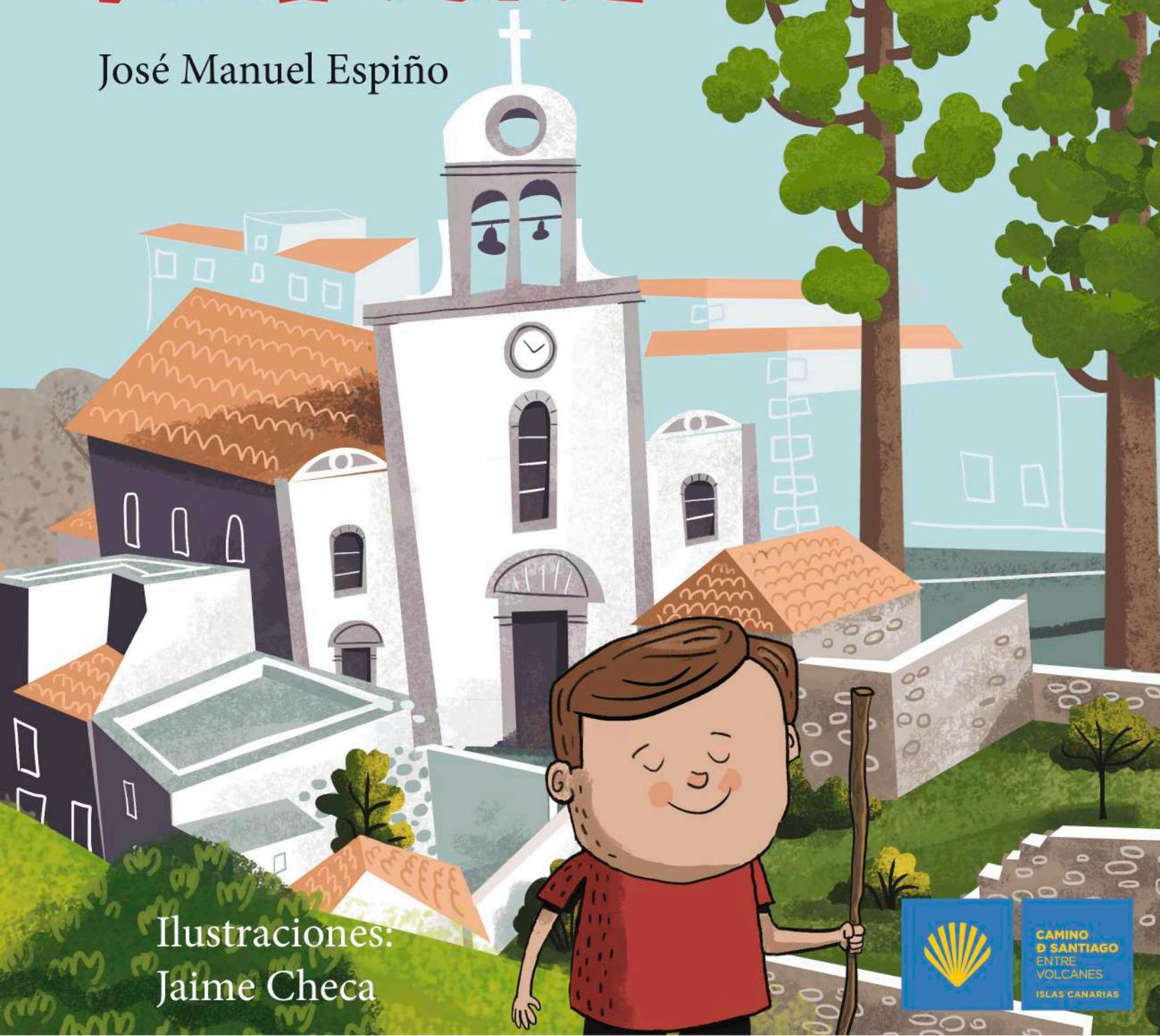


AIRAM y el APOSTOL

José Manuel Espiño



Ilustraciones:
Jaime Checa



CAMINO
DE SANTIAGO
ENTRE
VOLCANES
ISLAS CANARIAS

AIRAM

y el APÓSTOL

José Manuel Espiño
y Jaime Checa



Airam es un niño que vive en una hermosa playa del sur de Gran Canaria. Apareta tener doce años, pero en realidad acaba de cumplir diez.

Cuando sale a jugar, le gusta correr sobre la arena, subirse a las dunas y dejarse caer, con los brazos pegados al cuerpo, rodando sin parar.

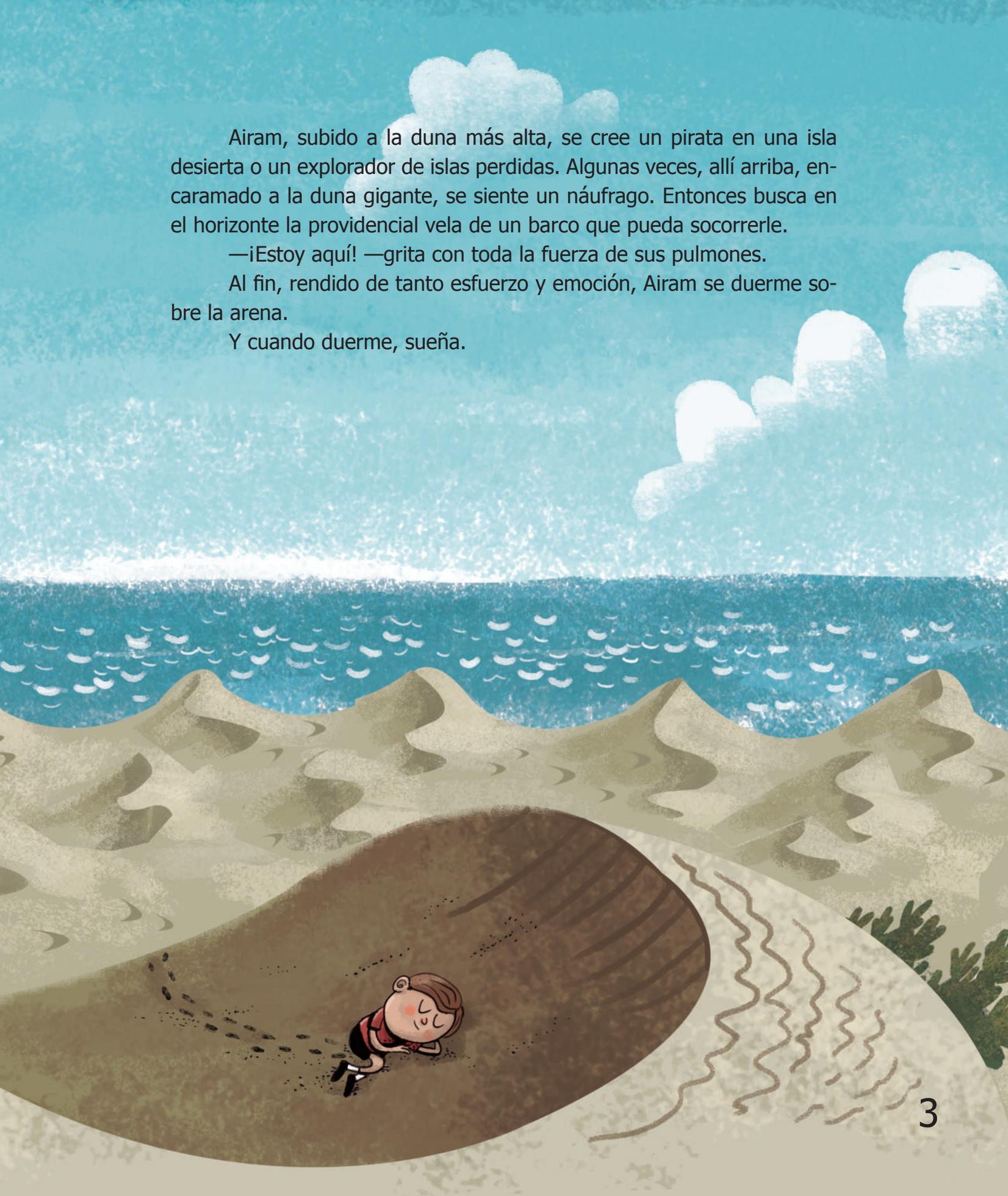


Airam, subido a la duna más alta, se cree un pirata en una isla desierta o un explorador de islas perdidas. Algunas veces, allí arriba, encaramado a la duna gigante, se siente un náufrago. Entonces busca en el horizonte la providencial vela de un barco que pueda socorrerle.

—¡Estoy aquí! —grita con toda la fuerza de sus pulmones.

Al fin, rendido de tanto esfuerzo y emoción, Airam se duerme sobre la arena.

Y cuando duerme, sueña.



Sueña siempre con fantasías, aunque era tan real su último sueño que Airam, cuando despertó, corrió en busca de sus padres, nervioso y excitado:

—¡Papá, mamá, quiero conocer al apóstol Santiago! ¡Vamos, vamos! —ordenó en voz alta, cogiéndoles la mano y arrastrándolos hacia el coche.

—¿Quéééééé? —dijo su madre, sin entender nada.

—¿A quiénnnnnnn? —preguntó su padre, extrañado.

—Al apóstol Santiago, ¿a quién va a ser? —respondió con naturalidad Airam.

Los padres de Airam no comprendían nada, pero conocían bien a su hijo y su desbordante imaginación.

—¿Y si le seguimos el juego? —sugirió su madre.

—¿A dónde vamos hijo? —preguntó el padre, que se llamaba Aythami.

—¡A la montaña! —respondió él, saltando de alegría.

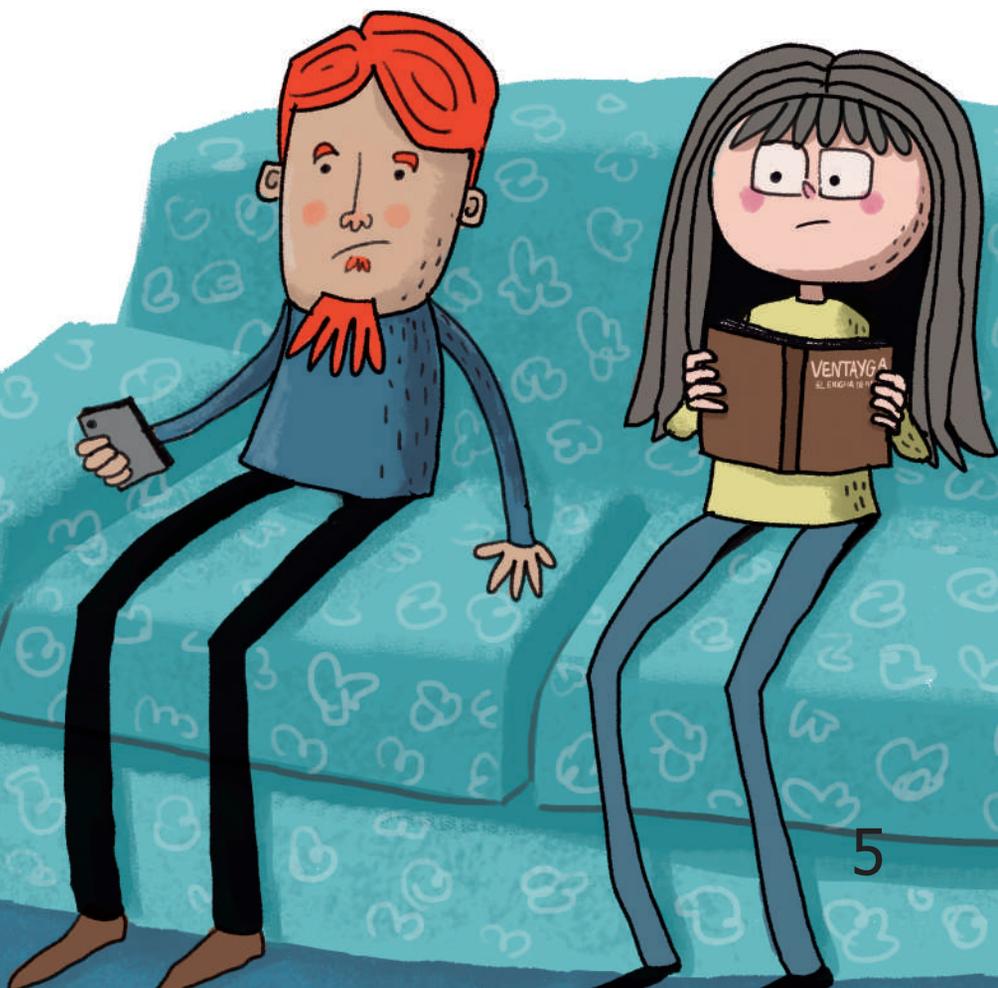
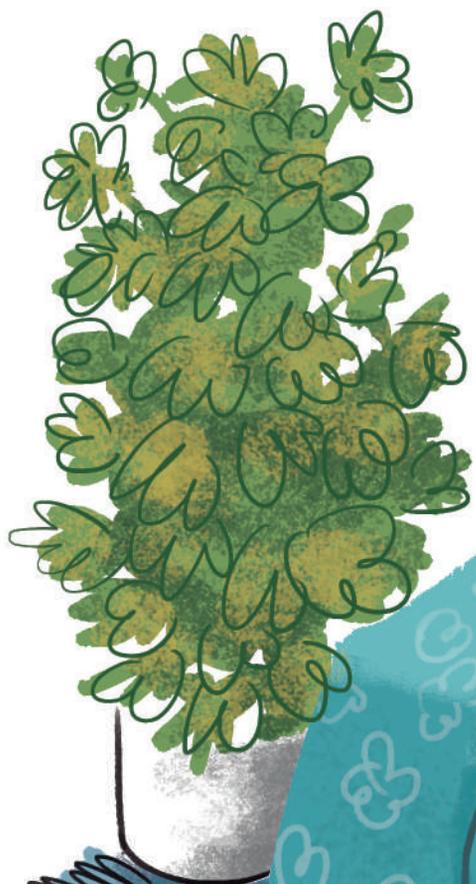
Aythami dirigió su mirada a Dácil, la madre de Airam. Ella, con los ojos muy abiertos, parecía decirle: ¿Otra vez, Aythami? ¿Hasta cuándo vamos a seguir con las fantasías de nuestro niño?

—Vamos, cariño. Coge una prenda de abrigo y corramos tras él.

Dácil meneó la cabeza, luego sonrió. Mientras se dirigía con rapidez a su cuarto, pensó: "¡Están locos los dos!"



Airam, junto al coche, los vio llegar cogidos de la mano.
—¡Vamos! ¡Vamos ya! —apremió.
—¿Dirección? —preguntó Aythami.
—Un nombre extraño y una montaña —respondió Airam.
—¿Qué nombre oíste durante el sueño?
—Tunte y la montaña de Santiago.



Extrañada, la cara de Dácil era un poema. Aythami observándola, sonrió.

—La verdad Airam, no conozco esa montaña, pero el pueblo de Tunte sí. Es el nombre aborigen que recibía San Bartolomé de Tirajana.

—¡Guau! ¡Un poblado aborigen! ¡Me encanta esta aventura!

—A propósito —intervino Dácil. —¿No vas a contarnos la razón por la que salimos corriendo como si estuviera ardiendo la casa?

Rieron los tres ante la cara de asombro que puso Dácil.

—¡Por supuesto, mamá! Esta vez tengo la corazonada de que lo soñado sucedió en realidad.

—Ya —ironizó la madre, —como cuando salimos corriendo hacia Telde para ver un guerrero aborigen llamado Doramas que estaba nadando en dirección al roque de Gando para encontrarse con su amada.

—¿Y cuando fuimos a Las Palmas porque el agua que corría por el barranco Guiniguada se había llevado dos puentes, tres vacas, un montón de gallinas y media docena de cochinos? Llegamos allí y... inada! Las inundaciones habían sucedido en tiempos pasados —continuó recordando su padre.

—Pero tú, erre que erre, hijo mío, empeñado en que lo habías soñado y que todo estaba sucediendo en tiempo real —apostilló la madre.

—Es cierto, hasta ahora nunca acerté con las fechas en mis sueños —reconoció Airam, bajando la cabeza.



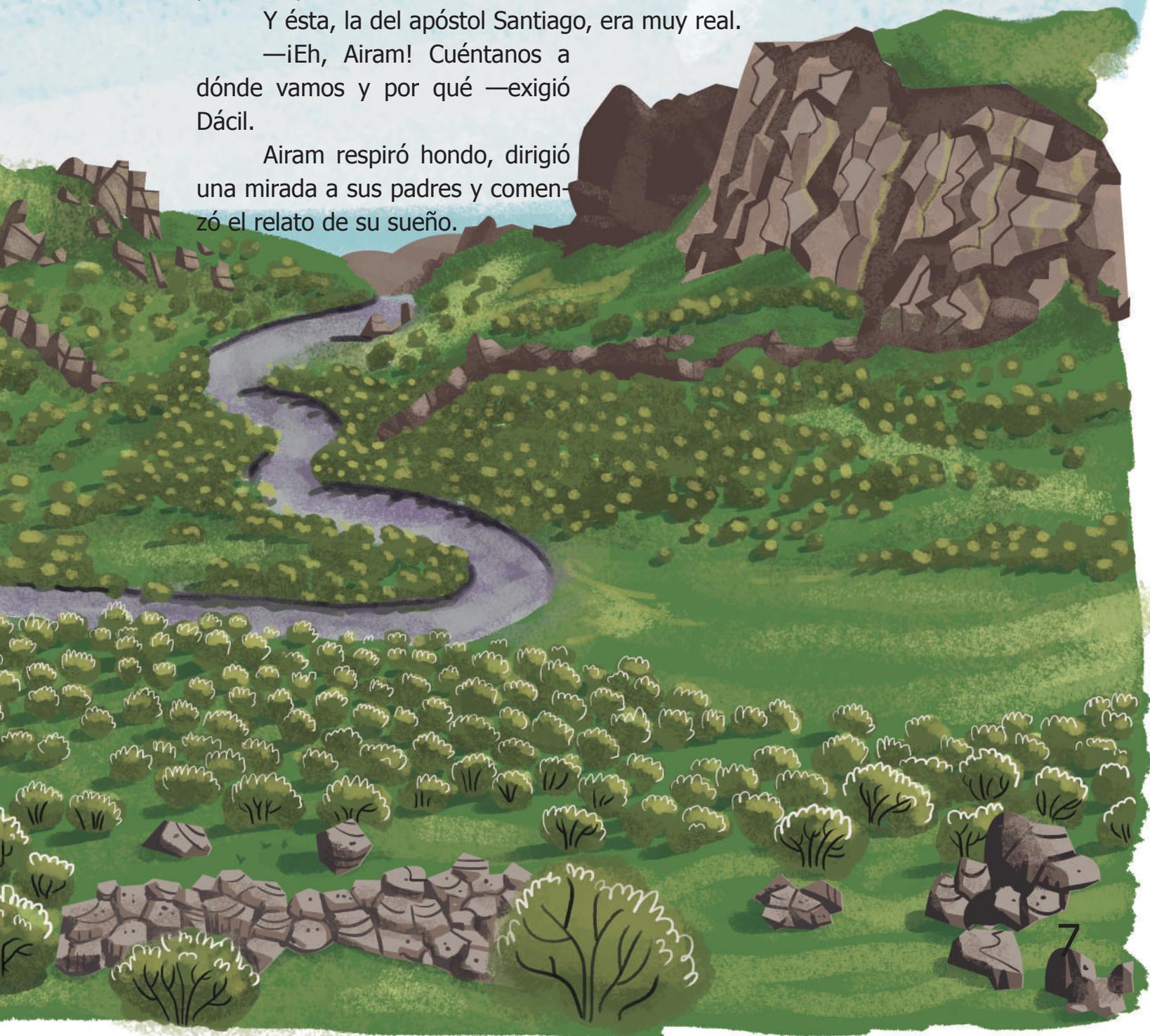
Lo cierto era que Airam, sobre las dunas, cuando quedaba dormido soñaba y en sus sueños se adentraba en un mundo de fantasía del que era muy difícil separar qué era imaginación y qué era realidad. ¡Le parecían tan reales todos ellos!

Por eso, una vez despierto, buscaba siempre la compañía de sus padres, apremiándoles a salir tras una nueva aventura.

Y ésta, la del apóstol Santiago, era muy real.

—¡Eh, Airam! Cuéntanos a dónde vamos y por qué —exigió Dácil.

Airam respiró hondo, dirigió una mirada a sus padres y comenzó el relato de su sueño.



—Como muchas otras veces, me dormí en lo alto de la gran duna. Sobre las tranquilas aguas de la Charca de Maspalomas, revoloteaban dos garzas y una cigüeña. La cigüeña se dirigió al océano y yo volé tras ella hasta situarme en alta mar, a la altura de la costa de Arguineguín.

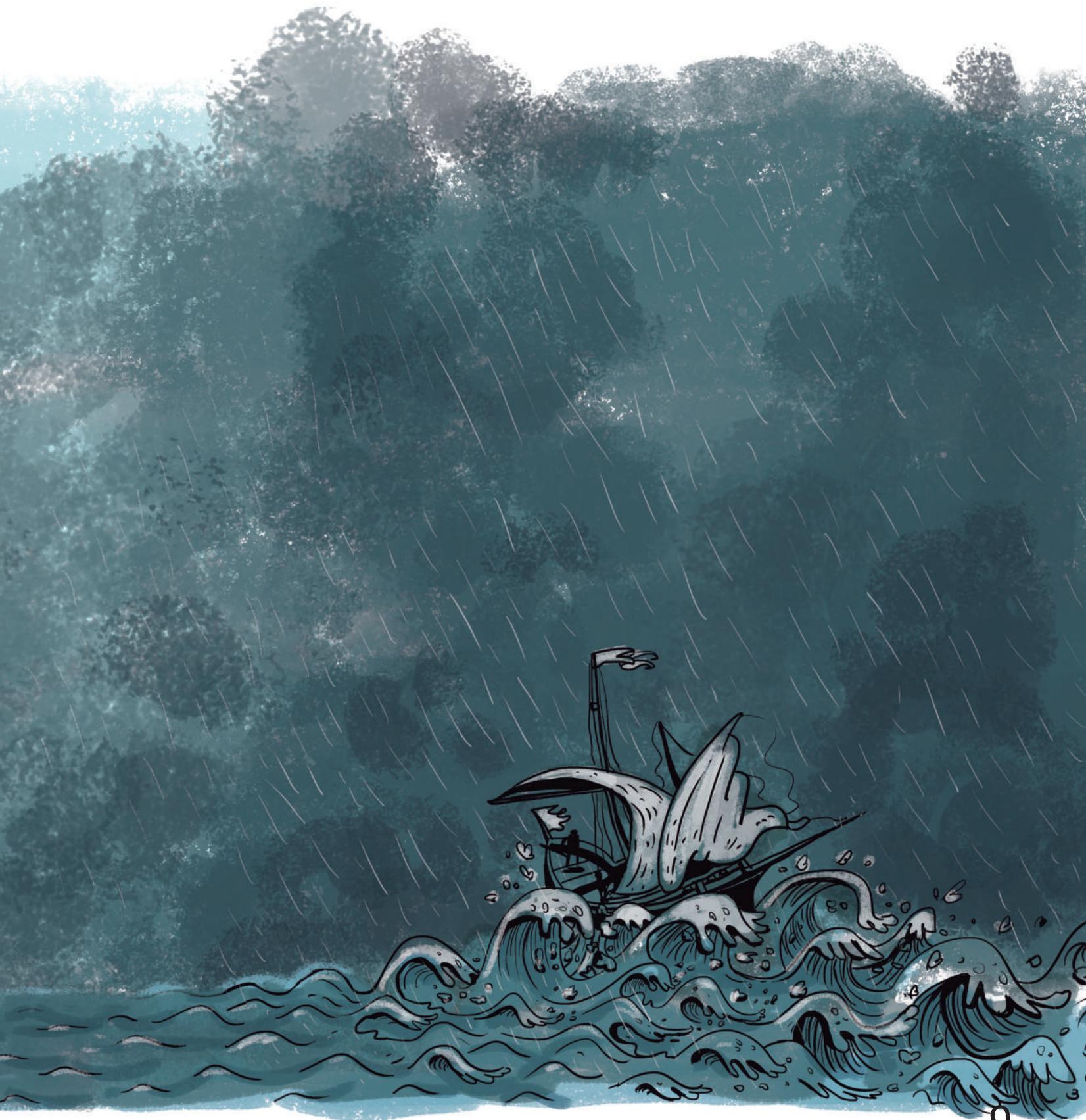
Según nos alejábamos de la costa, el mar fue cambiando de color. De pronto estalló una gran tormenta. El cielo se volvió negro, las aguas se enfurecieron y observé como un viejo barco de vela se balanceaba de un lado a otro, a punto de naufragar.

Escuché los gritos de los marineros que iban a bordo y me asusté. Quise volver a la duna y abandonar el temporal, pero no podía. Así que seguí allí, observándolo todo.

La embarcación se mecía como si fuera una cáscara de nuez. Los marineros, cuatro en total, trataban de evitar que el mar los arrojara por la borda. Eran pescadores y recogían sus redes para protegerlas del temporal. El miedo se había apoderado de ellos y no sabían qué hacer. De pronto, uno de ellos gritó:

—¡Antonio! ¡Jesús! ¡Vayan por el santo! ¡Hay que hacerle una promesa! ¡Si nos acoge bajo su protección, evitaremos la muerte!







Dos marineros se dirigieron a una estancia situada en la proa. Con enorme dificultad consiguieron entrar. Tras unos minutos de angustia, aparecieron sosteniendo con sus manos la escultura de un santo a caballo.

El marinero mayor, aquel que los había enviado en busca del santo, se arrodilló frente a la escultura, rogándole misericordia:

—¡Mi señor Santiago! ¡Déjanos volver a casa con nuestras familias! Si no naufragamos, te construiremos una ermita en la primera tierra que encontremos.

Airam guardó silencio pensando en el sueño y recordando las escenas vividas.

—¡Eh, Airam!, ¡despierta! ¿Qué pasó luego?

—¡Papá, mamá, fue increíble! Los vientos cesaron, el mar se calmó y la tormenta desapareció de repente, como si nunca hubiera existido.

—Sí que es curioso —manifestó Aythami—. Dácil, ¿qué piensas tú?

—Para mí está muy claro. Los marineros asistieron a un milagro del apóstol.

—Pero —volvió a preguntar el padre—, ¿qué tiene que ver el temporal con este viaje, camino de Tunte?



—Mucho —respondió Airam—. Porque el sueño no terminó ahí. La embarcación, tras la tormenta, tomó rumbo hacia esta isla. —¡Tierra! —gritó el marinero más joven. —Fondearemos en la isla. Tenemos una promesa que cumplir —ordenó el más viejo.

—¡Qué curioso! Sucedió cerca de Gran Canaria —se sorprendió la madre.

—Así es, mamá. Al momento reconocí la playa de Arguineguín, pero estaba muy cambiada. No había casas y a la playa llegaba un pequeño riachuelo de agua fresca. Al fondear el barco en la bahía, echaron un pequeño bote al agua y, palada tras palada, alcanzaron la playa. ¡Todos estaban sedientos! Se acostaron sobre la arena, acercaron sus bocas al agua y bebieron hasta saciarse. Luego regresaron al bote para desembarcar un bulto de mediano tamaño, protegido por unas telas que lo envolvían.



—¡La escultura del apóstol! -adivinó Dácil, cortando la narración de Airam.

—Sí mamá. Debajo de las telas se encontraba el santo —confirmó Airam.

—¡Continúa, continúa! —apremió Dácil—. El relato está muy interesante.



—Los cuatro marineros cortaron en el cañaveral unas cuantas cañas gruesas y muy robustas, prepararon una especie de camilla, sujetaron la escultura y colocándose uno por cada extremo, empezaron a subir por el barranco.

—¿No construyeron la ermita en la misma playa? —preguntó el padre.

—No. Habían prometido hacerla en lo alto de un monte. Así que se dirigieron, barranco arriba, camino de las montañas. Estuvieron muchas horas caminando. De pronto, en un pequeño llano rodeado de enormes pinos, el marinero más viejo se detuvo. —¡Bajen el santo! —ordenó—. Este es el lugar escogido por el apóstol para construir su ermita.

—¿En serio que construyeron una ermita? —inquirió asombrada la madre de Airam.



—¡Y tan en serio! Descansaron, comieron pan y pescado salado y en silencio, aquellos hombres incansables fueron levantando dos muros de piedra, relleno de tierra y piedras menudas y afirmándolos con grandes lajas cruzadas. Luego buscaron varios pinos en los alrededores, escogiendo los más jóvenes y fuertes. Los cortaban con un par de hachas que habían traído del barco, eliminaron sus ramas y con una docena de ellos prepararon el soporte para el techo de la ermita. Para terminar, cubrieron con lajas los troncos de pino, formando una especie de tejadillo donde el agua escurriera sobre ellas sin mojar el interior de la ermita. Al final colocaron el santo sobre una enorme piedra plana. Se arrodillaron y rezaron unas oraciones. Era la hora de emprender el camino de regreso. Justo en ese momento el ladrido de un perro me despertó sobre la duna.







—¡Una historia muy interesante! —reconoció la madre.

—¡Habrá que buscar esa montaña! —intervino Aythami, no muy convencido.

—Será fácil —aseguró Airam—. Si tuviera lápiz y papel, podría dibujarla.

Habían llegado a Tunte. Aparcaron el coche cerca de la iglesia y Airam buscó con su mirada la montaña de Santiago, sin encontrarla.

—¡Aquí no es, papá! En mis sueños no estaba este pueblo ni esa montaña blanca.

—Ten paciencia. El nombre del pueblo sí estaba. Esa montaña que ves al fondo es Risco Blanco, un santuario aborigen. Hemos parado en Tunte y vamos a tomar un café. Desayunaremos y luego buscaremos tu montaña.

Airam miró a su madre y leyó en sus ojos que necesitaba descansar.





Un café obró el milagro de despertar a sus padres. Airam, nervioso e impaciente, no tomó nada.

—Tranquilo Airam. Estoy convencido de que nos encontramos cerca de tu montaña sagrada. —dijo sonriendo su padre. —Tengo una corazonada.

Aythami se dirigió al mostrador y preguntó a la mujer que regentaba el bar:

—Perdone, ¿ha oído hablar de una ermita dedicada al apóstol Santiago?

La mujer sonrió. Aythami continuó:

—Es que mi hijo cree que hay una cerca de aquí y nos gustaría visitarla.

—Visitar la ermita no podrán.

—¿Y eso?

—Existió la ermita en tiempos pasados pero las lluvias, el abandono y los años la han derrumbado. Sólo quedan los cimientos.

Aythami no podía creérselo. ¡Había existido una ermita dedicada al Santo! ¡Así que era cierto el sueño de su hijo Airam!

—¿Existió entonces?

—Pues claro. De hecho, aunque en la montaña de Santiago no se conserve la ermita, la romería al Apóstol se celebra todos los años, en recuerdo al traslado del Santo a la iglesia parroquial.

—¿Me está diciendo que existe la montaña, el santo, la escultura...?

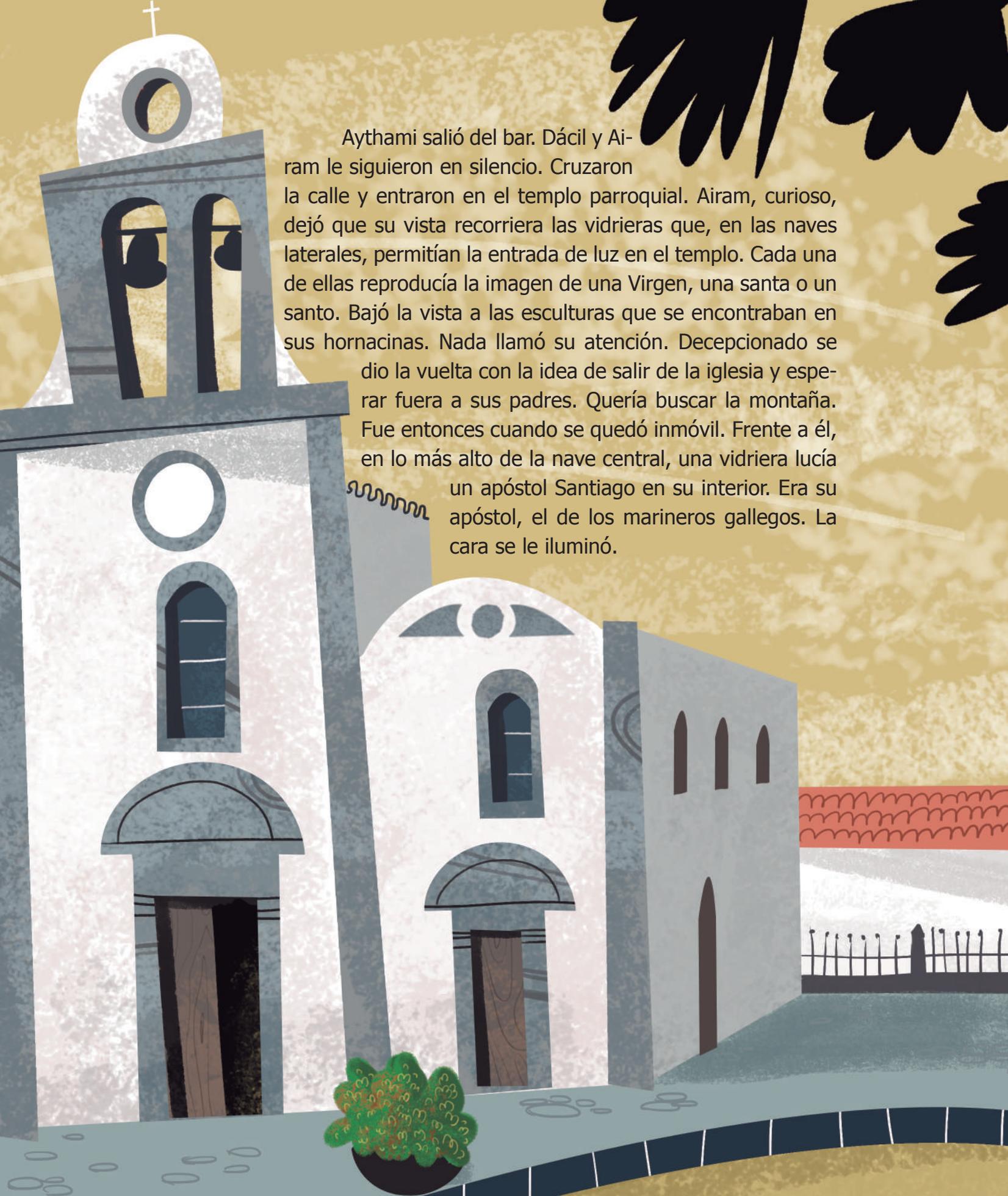
Antes de que terminara la frase, le interrumpió la buena mujer:

—Caballero, ¿usted de dónde es? Todo el mundo sabe quién es Santiago Apóstol. No sólo los tirajaneros, también los habitantes de Tejeda, Gáldar, Moya, Guía, Artenara..., en fin, gente de toda la isla que le tiene mucha fe al Santo. Cruce la calle y entre en la iglesia. La talla de Santiago Apóstol a caballo, que trajeron hace quinientos años unos marineros gallegos, luce espléndida sobre su peana, llenando el templo con su presencia.

Aquella buena mujer ponía pasión en sus palabras. Aythami se dirigió a la mesa donde le esperaban expectantes, Dácil y Airam.

—Vamos a la iglesia. Una vez en ella les cuento. Ahora, nada de preguntas.



The illustration depicts a church with a prominent bell tower on the left. The bell tower has a white dome with a cross on top and two arched openings for bells. The main body of the church is light-colored with a central arched entrance and a smaller arched window above it. To the right, there is another part of the church with three small arched windows. In the foreground, a potted plant with green leaves and yellow flowers sits on a grey path. The background is a textured yellowish-brown, suggesting a sky or wall. Large black silhouettes of leaves are visible in the top right corner.

Aythami salió del bar. Dácil y Airam le siguieron en silencio. Cruzaron la calle y entraron en el templo parroquial. Airam, curioso, dejó que su vista recorriera las vidrieras que, en las naves laterales, permitían la entrada de luz en el templo. Cada una de ellas reproducía la imagen de una Virgen, una santa o un santo. Bajó la vista a las esculturas que se encontraban en sus hornacinas. Nada llamó su atención. Decepcionado se dio la vuelta con la idea de salir de la iglesia y esperar fuera a sus padres. Quería buscar la montaña. Fue entonces cuando se quedó inmóvil. Frente a él, en lo más alto de la nave central, una vidriera lucía un apóstol Santiago en su interior. Era su apóstol, el de los marineros gallegos. La cara se le iluminó.

—¡Papá, mamá! ¡La escultura! -anunció a gritos, incapaz de controlar sus emociones.

Los dos giraron a un tiempo. Elevaron la vista y sonrieron. Así que aquella era la representación en cristal de la escultura buscada. Los ojos de Aythami abandonaron la vidriera ante la intensidad de una luz que los cegaba, buscando el sosiego de sus ojos en la penumbra de la iglesia. Sin saber por qué, se detuvo ante una escultura de madera escondida tras una urna protectora.

—Airam, baja la vista y dirige tu mirada a la izquierda de la iglesia.

—¡La escultura de mi sueño está aquí! ¿Qué les decía yo?

Airam se acercó a la pieza. Se imaginó un tacto cálido y suave. Su cara reflejaba la emoción que sentía. Respiró hondo, cargado de razón.







Salieron a la calle. El día estaba radiante. Aythami, orgulloso, observó a su hijo. Habían elegido bien el nombre del muchacho: Airam. Libertad era su significado. La inspiración había surgido en un viaje a la isla de la Palma, en un largo paseo por la caldera de Taburiente. Conocieron a un senderista palmero y caminaron en su compañía un buen trecho. Por sus palabras supieron de la existencia de Airam, un príncipe guanche de origen palmero, hijo de un mencey llamado Zebenzuí.

El coche iba despacio, las curvas se sucedían camino de la Degollada de Cruz Grande. No había prisa, el día era perfecto para disfrutar del paisaje.

Pasado un lugar conocido como el caserío de la Plata, un desvío a la izquierda llevaba a la presa de Chira. Se encontraban al pie de la montaña y del pinar de Santiago. Aparcaron el coche y se pusieron a caminar.





—¡Ahí está! -gritó alborozado Airam—. Justo aquí, los marineros construyeron su ermita.

Airam respiró hondo. ¡Qué satisfacción sentía al haber alcanzado el escenario de su sueño! Una sonrisa iluminó su cara.

Aythami y Dácil recorrieron el claro con la vista puesta en el suelo, observando con asombro los cimientos perimetrales de lo que fue en su día, una ermita. Se miraron, echándose a reír. Airam se volvió y corrió hacia ellos, fundiéndose en un único abrazo.

En el pinar, un viento suave agitaba las finas hojas de los pinos canarios susurrando palabras sueltas entre los árboles. Airam escuchó con atención. Sus oídos captaron una frase arrastrada por el viento.

—“Este es el lugar que quiere el apóstol para su ermita.”

Guardó silencio. No rompería por nada del mundo aquel momento.

Cerró los ojos. Nada había más reconfortante que aquel cariñoso abrazo.

Fin



AIRAM Y EL APÓSTOL

Airam es un niño canario con nombre de príncipe guanche. Sueña en las dunas de Maspalomas un mundo de fantasía. Dácil y Aythami, sus padres, le acompañan siempre en sus aventuras. En su último sueño se encuentra, volando junto a una cigüeña, con una terrible tormenta y una embarcación de pesca a punto de naufragar.

Una promesa, una ermita y un apóstol llamado Santiago llevarán a la familia a vivir una aventura increíble por tierras de Tirajana. Desconocen que, esta vez, tras el sueño de Airam se esconde una apasionante leyenda.

